

UNA TEMPORADA EN EL INFIERNO

I

ENSAYO INTRODUCTORIO Y TRADUCCIONES
DE MARCO ANTONIO CAMPOS

Camus, al referirse a Rimbaud, escribía en El hombre rebelde: 'Sobre él se ha dicho todo y, por desgracia, todavía más.' No pretendo en esta nota repetir gratuitamente lugares comunes de su obra ni las innumerables incoherencias de muchos de sus críticos. Simplemente, y para evitar este anatema, lo que diré aquí sobre Rimbaud serán conclusiones propias, sobre todo, referentes a sus dos libros de ruptura, Una temporada en el infierno y Las iluminaciones, tratando de arrebatarle lo menos posible a la literatura. Omitiré de una manera consciente el "serio problema" en que fueron escritas Las iluminaciones, porque tal problema se desenvuelve dentro del terreno de las hipótesis. Ya Verlaine, Delahaye, Bouillane de Lacoste, A. Adam y Chadwick, entre otros, han declarado o expuesto su particular punto de vista. Por mi parte, lo único en claro que he sacado es que se trata de un callejón sin salida.

Después de esto, empezaré diciendo que sus dos libros fundamentales pueden parecer en un principio diferentes, pero que, a fin de cuentas, se acaban integrando en un solo y gran poema en el que la presencia de la droga, de la alucinación onírica, de ciertas ideas fijas, además del movimiento permanente de la forma (el que es producto de su trabajada y autoelogiada alquimia verbal), los hacen, de alguna forma, comunes. Es cierto que dentro de este largo poema encuentro un mayor número de emociones en Una temporada en el infierno, pero eso no quiere decir que el mundo rimbaudiano sería el mismo con la ausencia de algunos deslumbrantes pasajes de Las iluminaciones, como Matinée de ivresse, Nocturne vulgaire, Vagabonds o el final de Parade. La crítica principal que se podría hacer a sus "críticos" es la deshumanización del poeta y de su obra. Se halla genialidad en los últimos rincones de sus páginas, misterios en las imprecisiones; se halla (y se justifica) rebelión, donde no hay sino soberbia o grosería. Para colmo, hemos tenido que soportar, a veces, su obra comentada. Podría hacerse una antología interesante de las contradicciones de sus biógrafos y críticos: se ha dicho que es un poeta cristiano y un ateo, un homosexual inveterado y un Don Juan, un apátrida y un simpatizador de la Comuna, y alguien, en la negligencia del análisis, le ha encontrado "reminiscencias" de Marx. Se han desgastado en innumerables conjeturas versos que sobrevinieron más por la impaciencia del momento que por una gran convicción. Se ha llegado a decir, tal vez justamente, que estuvo a punto de "robar el fuego", pero si vemos sin arbitrariedad algunas ideas esenciales sobre las que gira su obra, hallamos una serie

de hendiduras: sus conocimientos de filosofía oriental se acercan más a conclusiones de biblioteca provinciana que a una meditada certeza; su acercamiento a la cábala es incipiente y a base de generalidades; además (y esto es lo más importante porque concierne a su búsqueda verbal), Rimbaud tenía un limitado conocimiento de la tradición poética occidental. Su formación era principal e indisciplinadamente francesa y, en menor medida, latina. Y aun entre los franceses su conocimiento (y su afán de rebelión) era mayor frente a los Románticos. Basta leer sus cartas (sobre todo la del Vidente) para percatarse de esto.

Algunos de sus biógrafos y críticos admiten en Rimbaud una prodigiosa facilidad para los idiomas. No la objeto. No obstante, considero que por el tiempo en que escribía *Una temporada en el infierno* su conocimiento del inglés, por ejemplo, era lo bastante deficiente como para sentir de un modo adecuado la poesía en ese idioma. Leyendo una carta enviada a su amigo Delahaye en mayo de 1873* le preguntaba por traducciones de Shakespeare en una colección popular. Por ese tiempo Rimbaud (es preciso recordarlo) no hablaba alemán ni italiano, menos el español u otras lenguas.

Es evidenciable, sin embargo, que en él hubo aproximaciones. Estas fueron dadas algunas veces en los excesos de concentración o en la velocidad de la droga. Por ejemplo en *Lo imposible*, en *Una temporada en el infierno*, tiene algunos versos indispensables y en *fraternidad con el deslumbramiento*, como cuando dice:

—Pero me pecato que mi espíritu duerme.
¡Si estuviera siempre completamente despierto a partir de este instante llegaríamos pronto a la verdad, que tal vez nos rodea con sus ángeles llorando! . . .

Con éste y otros destellos reunidos, podría atreverme a hacer una reducción de lo que es, para mí, Rimbaud: un gran deslumbramiento.

Creo, que lo más importante en Rimbaud es la búsqueda que puede hacer un delta variadísimo. Quiere (o sueña) que en un mundo devorado por la costumbre haya un nuevo verbo, un nuevo amor, una nueva manera de ver y descubrir las cosas. Esta rebelión, sin embargo (coincido con Eliot), es una rebelión contra la moralidad de la clase media. La rebeldía de Rimbaud en aquellos años era más en función de la poesía, que en función de su vida misma. Más que estar más allá de toda moral, había en Rimbaud la decisión de estar más allá de toda moral. Léanse, por ejemplo, estas líneas:

¿A quién me he de alquilar? ¿Que bestia no se ha adorado? ¿Qué santa imagen atacar? ¿Cuáles corazones romperé? ¿Qué mentira defenderé?
¿En qué sangre caminar?

No hablaré de su vida después de que él abandona la poesía. Es tema de biógrafos y de conversaciones de algo que apenas se conoce, pero que por ello mismo se discute siempre con apasionamiento e inutilidad. Aventurero, intérprete de idiomas, capataz, comerciante, traficante de armas, falsamente negrero, deja de tener importancia para la poesía desde su abandono definitivo en 1875. El descuido de su genialidad quizá sea más satisfactorio para nosotros, que de esta manera no tuvimos que soportar algunas obras completas del tamaño de Hugo y de Neruda con su admirable tenacidad para la reiteración y, a menudo, a la palabra fácil y descuidada.

* *Una temporada en el Infierno* fue escrita entre abril y agosto de 1873.

II

Ayer, si mal no recuerdo, mi vida era un festín donde se abrían todos los corazones, donde corrían todos los vinos.

Una noche, senté a la Belleza en mis rodillas. Y la encontré amarga. Y la injurié.

Me armé contra la justicia.

Escapé. Oh miseria, oh hechiceras, oh odio, mi tesoro se los confié.

Logré desvanecer de mi espíritu toda la esperanza humana. A toda alegría, para estrangularla, di el salto sordo de la bestia feroz.

Llamé a los verdugos para morder, agonizando, la culata de sus fusiles. Invoqué los flagelos para ahogarme en la arena, la sangre. La desgracia fue mi dios. Me revolqué en el fango y me sequé en el aire del crimen. Y le jugué muy buenas trampas a la locura.

Y la primavera me trajo el horrible reír del idiota.

Y, ahora, últimamente, que me he encontrado muy cerca de irme al otro mundo, he pensado en buscar la llave del festín antiguo, donde volvería tal vez a tomar apetito.

Esta llave es la caridad. Esta inspiración demuestra que soñé.

“Serás siempre hiena, etcétera. . .” exclama el demonio que me corona con dulces adormideras. “Gana la muerte con todos tus apetitos y tu egoísmo y los pecados capitales.”

Ah, ya estoy harto: ¡Pero, amado Satán, te conjuro a que tengas una mirada menos indignada! Y en espera de algunas pequeñas infamias retrasadas, tú que amas en el escritor la ausencia de facultades descriptivas o instructivas, desprendo, dedicadas para ti, estas hojas horribles de mi carnet de condenado.

LA MALA SANGRE

Tengo de mis ancestros galos los ojos blancos y azules, la mentalidad mezquina y la torpeza en la lucha. Mi vestimenta es tan bárbara como la de ellos. Pero no unto mi cabellera.

Los galos fueron los desolladores de bestias, los incendiarios de yerba más ineptos de su tiempo.

De ellos, tengo: la idolatría y el amor del sacrilegio. ¡Oh! , todos los vicios, cólera, lujuria —magnífica la lujuria—; sobre todo, mentira y pereza.

Tengo horror de los oficios. Patronos y obreros: patanes sin nobleza. La mano en la pluma vale igual que la mano en el arado. ¡Qué siglo de manos! Jamás seré un mano de obra. Además, la domesticidad lleva demasiado lejos. La honradez de la mendicidad me enerva. Los criminales repugnan como castrados: yo, yo estoy intacto, y me da igual.

¿Pero quién hizo de tal modo pérfida mi lengua, que ella hasta aquí haya guiado y salvaguardado mi pereza? Para vivir no me he servido ni siquiera de mi cuerpo y, más ocioso que el sapo, he vivido en todas partes. No hay una familia de Europa que yo no conozca. Estoy hablando de familias como la mía que respetan en todo la declaración de los Derechos del Hombre. ¡Conocí cada hijo de familia!

*

¡ Si tuviera antecedentes en un punto cualquiera de la historia de Francia!
¡ Pero no, nada!

Es evidente que siempre fui de una raza inferior. No comprendo la rebel-
día. Mi raza se sublevó sólo para vivir en el pillaje como los lobos que no han
matado a la bestia.

Recuerdo la historia de Francia, hija primogénita de la Iglesia. Yo habría
hecho, villano, el viaje hacia Tierra Santa; llevo en la memoria algunas rutas
de las llanuras suabas, vistas de Bizancio, fortalezas de Solimán; el culto a
María y la ternura hacia el Crucificado, se despiertan en mí entre mil fantas-
magorías profanas.

Estoy sentado, leproso, en las ollas quebradas y en las ortigas, al pie de un
muro roído por el sol. Más tarde, reitre, habría vivaqueado bajo las noches
alemanas.

Ah, y más aún: danzo el *sabbat* con unas viejas y niños en la roja claridad
de un bosque.

Mi recuerdo no va más allá de esta tierra y del cristianismo. Infatiga-
blemente me veré en este pasado. Pero siempre solo; sin familia; y bien, ¿qué
lengua hablaba? No me veo nunca en los consejos del Cristo; ni en los con-
sejos de los señores, representantes del Cristo.

¿Qué era yo en el siglo pasado? Sólo puedo encontrarme ahora. No hay
ya vagabundos ni guerras vagas. La raza inferior lo ha cubierto todo —el
pueblo, como se dice, la razón; la nación y la ciencia.

¡Oh, la ciencia! Todo se ha retomado. Para el cuerpo y para el alma —el
viático— se tiene la medicina y la filosofía, los remedios de buenas mujeres y
canciones populares arregladas. ¡Y las diversiones de los príncipes y los
juegos que prohibían! ¡Geografía, mecánica, cosmografía, química! . . .

La ciencia, ¡la nueva nobleza! El progreso. ¡El mundo camina! ¿Por qué
no habría de girar?

Es la visión de los números. Vamos hacia el *Espíritu*. Es cierto, es oráculo
lo que digo. Lo comprendo, y no sabiendo explicarme sino con palabras
paganas, quisiera callar.

*

¡La sangre pagana vuelve! El espíritu está cerca, ¿por qué Cristo no me
ayuda dándole a mi alma nobleza y libertad? ¡Ay de mí! ¡El Evangelio ha
pasado! ¡El Evangelio! El Evangelio.

Espero a Dios con gula. Soy de raza inferior por toda la Eternidad.

Estoy aquí en la playa armoricana. Se iluminen, en la noche, las ciudades.
Mi jornada está hecha. Abandono Europa. El aire marino arderá mis pulmo-
nes; los climas perdidos me curtirán. Nadar, pulverizar la yerba, cazar, fumar
sobre todo; beber licores fuertes como metal hirviendo —como acostum-
braban aquellos ancestros amados alrededor de la hoguera.

Volveré con los miembros de hierro, la piel sombría, el ojo furioso: se me
juzgará, viendo mi máscara, de una raza fuerte. Tendré oro: seré ocioso y
brutal. Las mujeres cuidan esos feroces inválidos a la vuelta de los países
cálidos. Me inmiscuiré en la política. Salvado.

Ahora estoy maldito; la patria me horroriza. Lo mejor, es un sueño com-
pletamente borracho, sobre la arena.

*

No se parte. Volvamos a tomar los caminos habituales, cargado con mi
vicio, el vicio que ha echado sus raíces de sufrimiento en mi costado desde la
edad de razón —que sube al cielo, me golpea, me derriba, me arrastra.

La última inocencia y la última timidez. Está dicho. No llevaré al mundo ni mis ascos ni mis traiciones.

¡Vamos! La caminata, el fardo, el desierto, el tedio, la cólera.

¿A quién me he de alquilar? ¿Qué bestia no se ha adorado? ¿Qué santa imagen atacar? ¿Cuáles corazones romperé? ¿Qué mentira defenderé? ¿En qué sangre caminar?

Ante todo, cuidarse de la justicia. La vida dura, el embrutecimiento simple. Levantar —el puño reseco— la tapa del féretro, sentarse, sofocarse. De ningún modo, la vejez ni los peligros: el terror no es francés.

Estoy de tal modo desamparado que ofrezco a no importa qué imagen divina mis impulsos hacia la perfección.

¡Oh, mi abnegación, oh mi caridad maravillosa! ¡Y no obstante en la tierra!

De profundis domine, ¡cómo soy imbécil!

*

Cuando era niño, admiraba a ese prisionero intratable por el que a diario se cerraba el presidio; visité albergues y guarniciones que él había santificado con su presencia; miré *con su idea*, el cielo azul y el trabajo floreciente en el campo; husmeé su fatalidad en las ciudades. Tenía más fuerza que un santo, mejor sentido común que un viajero —y él, ¡él sólo! — como testimonio de su gloria y de su razón.

En las rutas, en las noches de invierno, sin casa, sin ropa, sin pan, una voz oprimía mi corazón helado: “Debilidad o fuerza. Mira, ésta es la fuerza. Tú no sabes adónde vas ni por qué vas, entra en todas partes, responde a todo. No te matarán ya, como si fueras un cadáver.” En la mañana tenía la mirada tan perdida y el aspecto tan muerto que aquellos que encontré *quizás no me vieron*.

En las ciudades, el fango me aparecía, de improviso, rojo y negro, como un espejo cuando la lámpara circula en el cuarto vecino, ¡como un tesoro en el bosque! ¡Buena suerte! —gritaba. Y veía un mar de llamas y de humo en el cielo, y a diestra y siniestra, todas las riquezas llameando como un millón de truenos.

Pero la orgía y la camaradería de las mujeres me estaban prohibidas. Ni siquiera un compañero. Me veía ante una multitud exasperada de frente al pelotón de fusilamiento, llorando la desgracia de que ellos no hubieran podido comprender. ¡Y perdonando! —¡como Juana de Arco! — “Curas, profesores, amos, se equivocan entregándome a la justicia; yo nunca he pertenecido a este pueblo; jamás he sido cristiano; soy de esa raza que cantaba en el suplicio; no comprendo las leyes; no tengo sentido moral, soy un bruto: se equivocan. . .”

Sí, tengo los ojos cerrados a su luz. Soy una bestia, un negro. Pero puedo ser salvado. Ustedes son unos falsos negros, ustedes, maniáticos, feroces, avaros. Mercader, tú eres negro; magistrado, tú eres negro; general, tú eres negro; emperador, viejo cosquillero, tú eres negro: tú has bebido un licor no tasado de la fábrica de Satán. Este pueblo está inspirado por la fiebre y el cáncer. Enclenques y vejetes son de tal modo respetables que aun preguntan para ser hervidos. Lo más astuto ahora es abandonar este continente, donde la locura vaga para proveer de rehenes a estos miserables. Entro al verdadero reino de los hijos de Cam.

¿Conozco al menos la naturaleza? ¿Me conozco yo? Basta de palabras. Amortajo los muertos en mi vientre. ¡Gritos, tambor, danza, danza, danza,

danza! No veo aún la hora en que, al desembarcar los blancos, me precipitaré a la nada.

¡Hambre, sed, gritos, danza, danza, danza, danza!

Los blancos desembarcan. ¡El cañón! Ahora, a someterse al bautizo, vestirse, trabajar.

Recibí en el corazón el tiro de gracia. ¡Ah, y no haberlo previsto!

No he hecho nunca el mal. Los días serán ligeros, el arrepentimiento me será ahorrado. No conoceré los tormentos del alma, casi muerta al bien, donde la luz severa asciende como los cirios funerarios. La suerte del hijo de familia, un prematuro ataúd cubierto de límpidas lágrimas. Sin duda, el desenfreno es estúpido, el vicio es estúpido; hay que arrojar la podredumbre al diablo. ¡Pero el reloj no sonará sino en la hora del dolor puro! ¡Entonces, seré raptado como un niño, para jugar al paraíso en el olvido de todo este infortunio!

*

¡Pronto! ¿Hay otras vidas? El sueño en la riqueza es imposible; la riqueza ha sido siempre un bien público. El amor divino sólo otorga las llaves de la ciencia. Miro que la naturaleza no es sino un espectáculo de bondad. Adiós quimeras, ideales, errores.

El canto razonable de los ángeles se eleva desde el navío salvador: es el amor divino. ¡Dos amores! Puedo morir de amor terrestre, morir de abnegación. He dejado a mi paso algunas almas cuya pena crecerá con mi partida. Ustedes me eligieron entre los naufragos, los que quedan ¿son mis amigos?

¡Sálvenlos!

La razón me ha nacido. El mundo es bueno. Bendeciré la vida; amaré a mis hermanos. No son ya promesas de infancia ni la esperanza de escapar a la vejez ni a la muerte. Dios hace mi fuerza, y yo alabo a Dios.

*

El hastío ya no es mi amor. Las rabias, los desenfrenos, la locura, de la que conozco todos los impulsos y todos los desastres: todo mi fardo está depuesto. Apreciemos sin vértigo la vastedad de mi inocencia.

No sería ya capaz de pedir como alivio una paliza. No me creo embarcado para una boda con Jesucristo como suegro.

No soy prisionero de mi razón. Yo digo: Dios. Quiero la libertad en la salvación: ¿cómo lograrlo? Los gustos frívolos me han abandonado. No hay ya necesidad de sacrificio ni de amor divino. No lamento el siglo de los corazones sensibles. Cada uno tiene su razón, caridad y desprecio: conservo mi lugar en la cima de esta escala angélica del buen sentido.

En cuanto a la felicidad establecida, doméstica o no. . . no, no puedo. Soy demasiado disipado, demasiado débil. La vida florece por el trabajo, vieja verdad. Mi vida, sin embargo, no es hartamente pesada, ella vuela y flota por arriba de la acción, ese querido extremo del mundo.

¡Pero, cómo pude convertirme en una solterona para faltarme el coraje de amar a la muerte!

Si Dios me concediera la calma celeste, etérea, la plegaria —como los antiguos santos. ¡Los santos! ¡Unos fuertes! Los anacoretas, artistas de una estirpe ahora ya inútil.

¡Farsa continua! Mi inocencia me hará que lllore. La vida es la farsa que todos debemos representar.

¡ Basta! Llegó el castigo. ¡ Andando!
 ¡ Ah, los pulmones arden, las sienas retumban! ¡ La noche rueda en mis ojos, con este sol! El corazón. . . los miembros. . .
 ¿Dónde se va? ¿Al combate? ¡ Soy débil! Los otros avanzan. Las herramientas, las armas. . . ¡ el tiempo! . . .
 ¡ Fuego, fuego sobre mí! ¡ Allá! O me rindo. ¡ Cobardes! ¡ Me mato!
 ¡ Me arrojo a las patas de los caballos!
 ¡ Ah! . . .
 Me acostumbraré.
 ¡ Será la vida francesa, el sendero del honor!

NOCHE DEL INFIERNO

He bebido un horrible trago de veneno. ¡ Tres veces bendito sea el consejo que me dieron! Las entrañas arden. La violencia del veneno tuerce mis miembros, me deforma, me derriba. Muero de sed, me ahogo, no puedo gritar. ¡ Es el infierno, la pena eterna! ¡ Miren cómo el fuego se levanta! ¡ Ardo como se debe! ¡ Va, demonio!

Había entrevisto la conversión al bien y a la felicidad, la salvación ¿Puedo describir la visión? ¡ El aire del infierno no soporta los himnos! Había millones de criaturas encantadoras, un suave concierto espiritual, la fuerza y la paz, las nobles ambiciones, ¿qué sé yo?

¡ Las nobles ambiciones!

¡ Y todavía en la vida! ¡ Si la condenación es eterna! Un hombre que quiere mutilarse está condenado, ¿no es cierto? Yo me creo en el infierno, por lo tanto, estoy allí. Se cumple el catecismo. Soy esclavo de mi bautizo. Padres, ustedes hicieron mi desventura y la de ustedes. ¡ Pobre inocente! El infierno no puede atacar a los paganos. ¡ Y todavía en la vida! Más tarde, las delicias de la condenación serán más profundas. Un crimen, pronto, que me precipite a la nada, según la ley del hombre.

¡ Cállate, anda, cállate! . . . Es la vergüenza, el reproche: Satanás diciendo que el fuego es innoble, que mi cólera es horriblemente imbécil. ¡ Basta! . . . Errores que me vienen al oído, magias, perfumes falsos, músicas pueriles. Y decir que conozco la verdad, que veo la justicia: tengo un juicio sano y en orden, estoy preparado para la perfección. . . Orgullo. La piel de mi cabeza se deseca. ¡ Piedad! Señor, tengo miedo. ¡ Tengo sed, tanta sed! ¡ Ah! La infancia, la yerba, la lluvia, el lago sobre las piedras, *el claro de luna cuando el reloj tocaba las doce*. . . el diablo está en el campanario en esa hora. ¡ María! ¡ Virgen Santa! . . . Horror de mi estupidez.

¿Allá abajo, no viven almas honradas que deseen mi bien? . . . Vengan. . . Tengo una almohada en la boca, ellos no me oyen, son fantasmas. Después de todo, nadie piensa en los otros. No se acerquen, huelo a quemado, es evidente.

Las alucinaciones son innumerables. Es bueno lo que siempre tuve: ninguna fe en la historia, el olvido de los principios. Me callaré: estarán celosos poetas y visionarios. Soy mil veces el más rico, seamos avaros como el mar.

¡ Ah, vaya! El reloj de la vida se paró hace un momento. Ya no estoy en el mundo. La teología es seria: el infierno, en verdad, está *abajo* y el cielo arriba. Extasis, pesadilla, sueño en un nido de llamas.

Cuántas malicias de la observación en el campo. . . Satán, Ferdinando, corre con los granos salvajes. . . Jesús camina en las zarzas purpurinas, sin

doblarlas. . . Jesús caminaba sobre las aguas irritadas. La linterna nos lo mostró de pie, blanco y de trenzas negras, al lado de una ola de esmeralda. . .

Voy a develar todos los misterios: misterios religiosos o naturales, muerte, nacimiento, porvenir, pasado, cosmogonía, nada. Soy maestro en fantasmagorías.

¡ Escuchen! . . .

¡ Reúno todos los talentos! No hay nadie aquí y hay alguien: no quisiera repartir mi tesoro. ¿Alguien quiere unos cantos negros, unas danzas de huríes? ¿Alguien quiere que desaparezca, que me sumerja en la búsqueda del anillo? ¿Lo quiere alguien? Fabricaré oro, unos remedios.

Entre tanto, tengan confianza en mí, la fe conforta, guía, cura. Vengan, vengan todos —también los niños— que yo los consuele, que les entregue el corazón ¡ el corazón maravilloso! ¡ Pobres hombres, trabajadores! No les pido plegarias. Con su confianza, únicamente, sería feliz.

Y pensemos en mí. Eso me hace lamentar en muy poco el mundo. Tengo la oportunidad de no sufrir en adelante más. Mi vida no fue sino locuras dulces, es lamentable.

¡ Bah! Hagamos todos los gestos imaginables.

Decididamente estamos fuera del mundo. No hay un solo sonido. Mi tacto desapareció. ¡ Ah! Mi castillo, mi Sajonia, mi bosque de sauces. Las tardes, las mañanas, las noches, los días. . . ¡ Qué fatiga!

Debería tener mi infierno para la cólera, mi infierno para el orgullo —y el infierno de la caricia: un concierto de infiernos.

Muero de cansancio. Es la tumba. Voy a que me devoren los gusanos, ¡ horror del horror! Satanás, farsante, quieres disolverme con todos tus encantos. ¡ Protesto! ¡ Protesto! Un jalón en la horca, una gota de fuego.

¡ Ah, regresar a la vida! Poner los ojos en nuestras deformidades. ¡ Y esta pócima, este beso mil veces maldito! ¡ Mi debilidad, la crueldad del mundo! ¡ Piedad, Dios mío, ocúltame, me siento tan mal! Estoy oculto y no lo estoy.

Es el fuego que se levanta con su condenado.

DELIRIOS I

LA VIRGEN LOCA EL ESPOSO INFERNAL

Escuchemos la confesión de un compañero de infierno:

“Oh Divino esposo, Señor mío, no desaires la confesión de la más triste de tus siervas. Estoy perdida, borracha. Soy impura. ¡ Qué vida!

“Perdón, señor Divino, perdón! ¡ Oh, perdón! ¡ Cuántas lágrimas! ¡ Y cuántas lágrimas vendrán después, lo espero!

“¡ Con el tiempo, conoceré al divino Esposo! Nací sometida a El. ¡ El otro, me puede golpear ahora!

“¡ En este momento, estoy en el fondo del mundo! ¡ Oh, mis amigas! . . . No, no mis amigas. . . Nunca hubo delirios ni torturas semejantes. . . ¡ Qué estupidez!

“¡ Oh! Sufro, grito. Sufro verdaderamente. Todo, sin embargo, me está permitido, cargada del desprecio de los más despreciables corazones.

“En fin, hagamos esta confidencia y repitémosla otras veinte veces —¡ tan opaca, tan insignificante!

“Soy esclava del Esposo infernal, el que ha perdido a las vírgenes locas. Es realmente un demonio. No es un espectro; tampoco un fantasma. Pero yo

que he perdido la sabiduría, que estoy condenada y muerta para el mundo —¡y no me matarán! ¡Cómo describírselos! No sé ni siquiera hablar. Estoy de luto, lloro, tengo miedo. ¡Un poco de frescura, Señor, si tú lo quieres, por favor, si tú lo quieres!

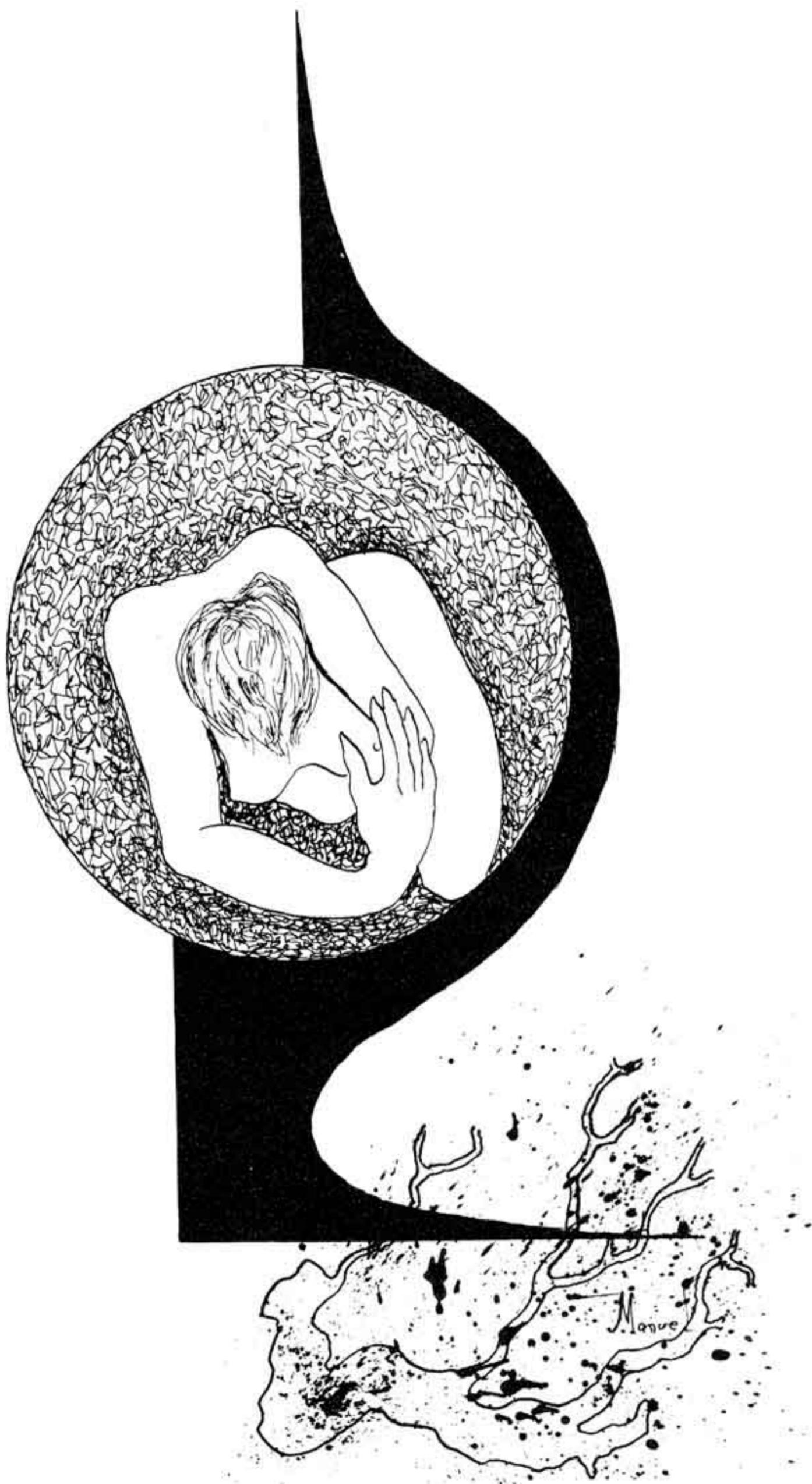
“Soy viuda. . . Era viuda. . . Pero en verdad, en un tiempo fui muy seria, ¡y no nací para convertirme en esqueleto! . . . El era casi un niño. . . Sus misteriosas delicadezas me fascinaron. Olvidé todos mis deberes humanos por seguirle. ¡Perra vida! La verdadera vida está ausente; no estamos en el mundo. Yo voy adonde él va, es preciso. Con frecuencia, él monta en cólera contra mí, *yo, la pobre alma*. ¡El demonio! Es un demonio, saben, *no es un hombre*.

“El dice: —No amo a las mujeres. Hay que reinventar el amor, cosa sabida. Lo único que ellas persiguen es una posición segura. Una vez que la tienen, dejan a un lado el corazón y la belleza: no persiste más que un frío desdén, el alimento del matrimonio de hoy en día. O bien, miro unas mujeres con el signo de la felicidad, mujeres que hubiera podido hacer buenas camaradas, devoradas desde un principio por unos brutos sensibles, como hogueras. . .

“Lo escuchaba hacer de la infamia una gloria, de la crueldad un encanto: —Soy de una raza lejana: mis padres eran escandinavos: se atravesaban las costillas, bebían de su sangre. Me haré tajos en el cuerpo, me tatuaré, quiero volverme horrible como un mongol: ya verás, aullaré en las calles. Quiero volverme loco de rabia. No me muestres ninguna alhaja, reptaría, me retorcería en la alfombra. Yo quisiera mi riqueza manchada de sangre por todas partes. Jamás trabajaré. . . —Varias noches, me atrapaba su demonio, rodábamos, ¡luchaba con él! A menudo, en las noches, ebrio, se apostaba en las calles o en las casas, para espantarme mortalmente. —Me torcerá el cuello; ¡será asqueroso! ¡Ah, esos días cuando él quiere caminar con el aire del crimen!

“A veces habla en una especie de patuá enternecido de la muerte que nos hace arrepentir, de los desventurados que, sin duda, existen, de los penosos trabajos, de las despedidas que desgarran los corazones. En los cuartuchos donde nos embriagábamos, lloraba al pensar en los que nos rodeaban, rebaño de la miseria. Recogía borrachos en las calles negras; tenía la piedad de una madre malvada por los niños. Y después se iba con la gracia de una chiquilla que va al catecismo. Fingía saber de todo, comercio, arte, medicina. Yo le seguía, era necesario.

“Veía toda la decoración con la que, espiritualmente, se rodeaba: vestimentas, paños, muebles; le prestaba unas armas, otra figura. Miraba todo aquello que le conmovía, como si hubiera querido crearlo para él mismo. Cuando me parecía que su espíritu estaba inerte, lo seguía en unas acciones extrañas y complicadas, lejos, buenas o malas: estaba convencida de no entrar jamás en su mundo. Al lado de su cuerpo dormido, cuántas horas velé en las noches preguntándome las causas por las que él quería evadirse de la realidad. Ningún otro hombre ha hecho nunca semejante voto. Reconocía —sin temer por él— que podía representar un serio peligro para la sociedad. ¿Tendrá secretos, quizás, para *cambiar la vida*? No, él no hace sino buscar, me respondía yo misma. En fin, su caridad está hechizada y yo soy prisionera de ella. Ninguna otra alma tendrá bastante fuerza —¡fuerza de desesperación! — para soportarla, para ser protegida y amada por él. Por lo demás, no me lo figuraba con otra alma: uno ve su Ángel, nunca el Ángel de otro —eso creo. Yo estaba en su alma como en un palacio el cual se ha vaciado para no ver personas tan poco nobles como lo son ustedes: eso es todo. ¡Ay de mí! Tuve una dependencia total para con él. Pero ¿qué quería con mi existencia cobarde e incolora? ¡Nada me daba mejor sino la muerte! Tris-



temente despechada, le dije algunas veces: 'Te comprendo.' Se encogía de hombros.

"Así, mi pena se renovaba sin cesar, encontrándome cada vez más extraviada a mis ojos —como a los ojos de los que hubieran querido mirarme, de no estar condenada para siempre al olvido de todos—, tenía más y más hambre de su bondad. Con sus besos y abrazos amistosos, era como un cielo, un cielo oscuro, donde yo entraba, donde hubiera querido ser abandonada, pobre, sorda, muda, ciega. Me acostumbraba. Veía a nosotros dos como dos buenos muchachos, libres para pasearnos en el Paraíso de la tristeza. Nos entendíamos. Emocionados, trabajábamos juntos. Pero, después de una penetrante caricia, decía: —Te parecerá extraño, cuando ya no esté contigo, todo lo que hemos pasado. Cuando ya no tengas mis brazos en tu cuello, ni mi corazón para que descanses, ni esta boca sobre tus ojos. Porque un día me iré muy lejos. Necesito ayudar a los otros: es mi deber. Aunque, en verdad, eso no es muy agradable. . ., querida alma. . .— Inmediatamente me veía, después de su partida, presa del vértigo, hundida en la sombra más horrenda: la muerte. Y le hice prometerme que no me abandonaría jamás. Repitió veinte veces esta promesa de amante. Era tan frívolo que le dije: 'Te comprendo'.

"¡ Ah! Nunca he tenido celos de él. Creo que nunca me dejará. ¿Qué sucedería? No conoce nada ni trabajará nunca. Quiere vivir como un sonámbulo. ¿Su sola bondad y su caridad podrán darle derecho al mundo real? Por ratos, olvido la piedad en que he caído: él me hará fuerte, viajaremos, cazaremos en los desiertos, dormiremos en las aceras de ciudades desconocidas, sin inquietudes ni penas. O despertaré y las leyes y las costumbres habrán cambiado —gracias a su poder mágico—; el mundo, aunque siempre el mismo, me abandonará a mis deseos, alegrías, descuidos. ¡ Oh! La vida de aventuras que existe en los libros de los niños, para recompensarme, a mí, que he sufrido tanto, ¿me la darás? No puede. Ignoro su ideal. Me dijo que tiene pesadumbres, esperanzas: pero esto no debe preocuparme. ¿Le habla a Dios? ¿Tal vez debería dirigirme a Dios? Estoy en lo más hondo del abismo, y ya no sé rezar.

"Si me contara sus tristezas, ¿las entendería mejor que sus escarnios? Me ataca, pasa las horas avergonzándose de todo lo que ha podido conmoverme en el mundo, y se indigna si lloro.

"Ves ese elegante joven entrando a la bella y tranquila casa: se llama Duval, Dufour, Armando, Mauricio, ¿qué sé yo? Una mujer se ha consagrado a amar a este malvado imbécil: está muerta. Ciertamente, ahora es una santa en el cielo. Tu harás que muera, como él ha hecho morir a esta mujer. Es nuestro destino, el de nosotros, corazones caritativos. . . ¡ Ay de mí! Hubo días en que todos los hombres que actuaban le parecían juguetes de grotescos delirios; largo rato, reía horriblemente. Después, volvía a tomar sus maneras de joven madre, de amada hermana. ¡ Si fuera menos salvaje, estaríamos salvados! Pero su dulzura, es también mortal. Le estoy sometida. ¡ Ah, estoy loca!

"Un día, quizás, desaparecerá maravillosamente. ¡ Pero necesito saber si va a ascender al cielo, para que vea al menos un poco la ascensión de mi pequeño amigo! "

¡ Qué extraña pareja!

DELIRIOS II

LA ALQUIMIA DEL VERBO

A mí. La historia de una de mis locuras.

Desde tiempo atrás me vanagloriaba de poseer todos los paisajes posibles, y encontraba irrisorias las celebridades de la pintura y la poesía modernas.

Amaba las pinturas idiotas, las decoraciones en las puertas, los escenarios, telas de saltimbanquis, enseñas, estampillas populares; la literatura pasada de moda, latín litúrgico, libros eróticos sin ortografía, novelas de los abuelos, cuentos de hadas, libritos de infancia, viejas óperas, tontos refranes, ritmos ingenuos.

Soñaba cruzadas, viajes de descubrimientos de los cuales no se tiene relación, repúblicas sin historia, guerras de religión sofocadas, revolución de costumbres, desplazamientos de razas y de continentes: creía en todos los encantamientos.

¡ Inventé el color de las vocales! A negra, E blanca, I roja, O azul, U verde. Regulé la forma y el movimiento de cada consonante y, con unos ritmos instintivos, me vanaglorié de inventar un verbo poético accesible, de un día a otro, a todos los sentidos. Me reservé la traducción.

Hubo por principio un estudio. Escribía unos silencios, unas noches, anotaba lo inexpresable. Fijé unos vértigos.

Lejos de los pájaros, de los rebaños, de los aldeanos,
¿Qué es lo que bebía, arrodillado, en este brezal,
rodeado de dulces bosques de avellanos,
en una bruma del mediodía tibia y verde?

¿Qué podía beber en este joven Oise,
— ¡ cielo negro, césped sin flores, olmos sin voz! —
beber en estas calabazas lejos de mi choza
amada? Algún licor de oro que bañe en sudor.

Me volvía una sucia bandera de albergue.
— Una tormenta vino a cazar el cielo. En la noche
el agua de los bosques se perdía en las arenas vírgenes
y el viento de Dios tiraba témpanos en los charcos:
llorando, miraba el oro — y no podía beber.

*

En verano, en la aurora,
el sueño de amor aún no muere.
Se evapora entre el bosque
el olor de la noche alegre.

Allá, en el vasto astillero,
bajo el sol de las Hespérides,
en mangas de camisa, los carpinteros
se mueven.

En desiertos de musgo, tranquilos,
preparan hermosos techos

en los que la ciudad
pintará falsos cielos.

Oh, por estos obreros fascinantes,
súbditos de un rey de Babilonia,
¡ Venus! deja un momento a los amantes
con el alma de corona.

Oh, Reina de los Pastores,
entrégales aguardiente,
que su fuerza repose
esperando el baño en el mar al mediodía.

*

La antigualla poética tenía una gran parte en mi alquimia del verbo.

Me habituaba a la alucinación simple: veía de plano una mezquita en el lugar de una fábrica, una escuela de tambores construida por ángeles, unas calesas en las rutas del cielo, un salón en lo profundo de un lago; los monstruos, los misterios; un título de vaudeville levantaba espantos frente a mí. ¡ Después, explicaba mis sofismas mágicos con la alucinación de las palabras!

Terminé por encontrar sagrado el desorden de mi espíritu. Estaba ocioso, presa de una gran fiebre: envidiaba la felicidad de las bestias — ¡ las orugas que representan la inocencia de los limbos; los topos, el sueño de la virginidad!

Mi carácter se agriaba. Decía adiós al mundo en especies de romanzas:

“CANCION DE LA TORRE MAS ALTA”

Que venga, que venga,
el tiempo en que amaremos.

Tuve tal paciencia
que ya nunca olvido;
sufrimiento, temores,
al cielo han partido.
Y la sed enferma
mis venas ha oscurecido.

Que venga, que venga,
el tiempo en que amaremos.

Como una pradera
al olvido librada,
crecida, y floreciente
de incienso y cizaña,
al zumbido atroz
de las moscas marranas.

Que venga, que venga,
el tiempo en que amaremos.

Amé el desierto, los vergeles quemados, los comercios marchitos, las bebidas tibias. Me arrastraba en los callejones pestilentes y, con los ojos cerrados, me ofrecía al sol, dios del fuego.

“General, si queda un viejo cañón en tu fortaleza arruinada, bombardéanos con bloques de tierra seca. ¡ A los aparadores de los almacenes espléndidos! ¡ A los salones! Haz tragar su polvo a la ciudad. Oxida las gárgolas. Llena los tocadores con el rubí pulverizado más ardiente. . .”

¡ Oh! El mosquito borracho en el meadero del albergue, enamorado de la borraja, y que carbonizó un rayo.

HAMBRE

Si amo algo, no amo
más que la tierra y las piedras.
Me nutro siempre de aire,
de roca, de carbones, de hierro.

Vuelvan, hambres. Pasten, hambres,
el prado de los sonidos.
Atraigan el alegre veneno
de las amapolas.

Coman los rotos peñascos,
las viejas piedras de iglesia;
las guijas de antiguos diluvios
y los panes de los valles pálidos.

El lobo aullaba bajo el follaje
escupiendo las plumas bellas
de su festín de aves:
igual que él, yo me consumo.

Las ensaladas y frutas
esperan la recolecta;
pero la araña del seto
no come más que violetas.

¡ Qué duerma! Y que yo hierva
en las aras de Salomón;
el caldo corre en el orín
— y se mezcla en el Cedrón.¹

*

En fin, oh felicidad, oh razón, separé el azul del cielo, que es negro, y viví, centella de oro de la luz *naturaleza*; de pura alegría, adopté una expresión bufonesca y extraviada de lo posible:

¡ Se ha vuelto a encontrar!
¿Qué? la eternidad.
Es el sol mezclado
en el mar.

¹ Río hebreo.

Oh alma mía eterna,
cumple tu voto
a pesar de la noche
y del día entre las llamas.

¡ Así te desprendes
del impulso común,
de los votos humanos!
Tú vuelas según. . .

Jamás la esperanza,
no habrá un *orietur*.
Ciencia y paciencia,
el suplicio es seguro.

No habrá ni mañana,
brasas de satén,
el ardor en ustedes
es el deber.

¡ Se ha vuelto a encontrar!
¿Qué? la eternidad.
Es el sol mezclado
en el mar.

*

Me convertí en una ópera fabulosa: me di cuenta que todos los seres tienen una fatalidad de felicidad: la acción no es la vida, pero es una forma de agotar una fuerza, un enervamiento. La moral es la debilidad del cerebro.

Me pareció que cada ser merecía muchas *otras* vidas. Aquel señor no sabe lo que hace: es un ángel. Esta familia es una caterva de perros. Delante de otros hombres, conversaba en voz alta con un momento de una sus otras vidas. Así, yo amé un puerco.

Ninguno de los sofismas de la locura —la locura furiosa— ha sido olvidado por mí. Podría repetirlos todos. Tengo el sistema.

Mi salud fue amenazada. El terror llegaba. Caía en sueños de varios días, y una vez despierto, continuaba en las fantasías más tristes. Estaba maduro para la muerte, y por una ruta llena de peligros mi debilidad me conducía a los confines del mundo y de la Cimeria,² patria de la sombra y de los torbellinos.

Tuve que viajar, distraer los encantamientos acumulados en mi cerebro. En el mar, al que amaba como si hubiera tenido que borrarle de una mancha, miraba elevarse la cruz consoladora. Había sido condenado por el Arco Iris. La felicidad era mi fatalidad, mi remordimiento, mi gusano: mi vida será siempre demasiado inmensa para ser consagrada a la fuerza y a la belleza.

¡ La felicidad! Su diente, dulce a la muerte, me advertía en el canto del gallo —*ad matutinum*, al *Christus venit*—, en las más sombrías ciudades:

² El antiguo nombre de la Crimea, según los griegos.

¡ Oh estaciones, oh castillos!
¿No hay un perfecto espíritu?

Hice un mágico estudio
de la felicidad, que nadie elude.

Salud por ella, cada vez
que cante el gallo francés.

¡ Ah! no tendré más deseos:
mi vida se encargó de ella.

Este encanto ha tomado alma y cuerpo
y dispersó los esfuerzos.

¡ Oh estaciones, oh castillos!

La hora de su huida, ¡ perra suerte!
Será la hora de la muerte.

¡ Oh estaciones, oh castillos!

*

Todo esto ha pasado. Yo sé, hoy por hoy, saludar la belleza.

LO IMPOSIBLE

¡ Ah! Esta vida de mi infancia, la enorme ruta por todos los tiempos, sobrenaturalmente sobrio, más desinteresado que el mejor de los mendigos, orgulloso de no tener país ni amigos. Qué estupidez todo aquello. ¡ Y sólo hasta hoy me doy cuenta!

Tuve razón en despreciar a esos buenos hombres que no pierden la ocasión de una caricia, parásitos de la limpieza y de la salud de nuestras mujeres, ahora que están ellas tan poco de acuerdo con nosotros.

Tuve razón en todos mis desdenes, ¡ por lo que me evado! ¡ Me evado!
Me explico.

Ayer aún suspiraba: “¡ Cielo, somos tantos los condenados en la tierra!
¡ Llevo tanto tiempo entre su turba! Los conozco a todos: Nos reconocemos siempre; nos repugnamos. No conocemos la caridad. Pero somos educados; nuestras relaciones con el mundo son las más convenientes.” ¿Asombroso?
¡ El mundo! ¡ Los mercaderes, los ingenuos! No estamos deshonrados. Pero los elegidos, ¿cómo nos recibirán? Ahora hay gentes hurañas y alegres, falsos elegidos, ya que necesitamos audacia o humildad para acercarnosles. Son los únicos elegidos. ¡ No unos bendecidores!

Habiéndome encontrado con dos centavos de razón —¡ pasa rápido! —, me doy cuenta de que mis enfermedades provienen de no haberme figurado a tiempo que estamos en Occidente. ¡ Los pantanos occidentales! No es que yo crea que la luz esté alterada, la forma extenuada, el movimiento extrañado. . . ¡ Bien! Ahora mi espíritu quiere cargarse de todas las crueles evoluciones que ha sufrido el espíritu desde el fin del Oriente. . . ¡ Lo quiere, mi espíritu!

. . . ¡ Mis dos centavos de razón han terminado! El espíritu tiene la auto-

ridad: él quiere que permanezca en Occidente. Sería necesario hacerlo callar para concluir como yo quería.

Mandé al diablo las palmas de los mártires, los relámpagos del arte, el orgullo de los inventores, el ardor de los rateros. Regresaba al Oriente y a la sabiduría primera y eterna — ¡parece un sueño de grosera pereza!

Sin embargo, no pensaba de ningún modo en el placer de escapar a los sufrimientos modernos. No tenía en mente la bastarda sabiduría del Corán. ¿Pero no es un verdadero suplicio que, desde aquella declaración de la ciencia, el Cristianismo, el hombre *se juegue*, se pruebe las evidencias, se hinche de placer repitiendo unas pruebas, ¡y viva únicamente de este modo! Tortura sutil, imbécil; fuente de mis divagaciones espirituales. ¡La naturaleza tal vez podría aburrirse! Monsieur Prudhomme nació con Cristo.

¿No sucederá esto porque cultivamos la niebla? Comemos la fiebre con nuestras legumbres acuosas. ¡Y la embriaguez!, ¡Y el tabaco!, y la ignorancia!, ¡y los sacrificios! ¿Todo esto está muy lejos del pensamiento y de la sabiduría del Oriente, la patria primitiva? ¿Por qué un mundo moderno si tales pócimas se inventan!

La gente de la iglesia dirá: se comprende. Pero lo que quiere usted es hablar del Edén. Nada hay para usted en la historia de los pueblos orientales. ¡Sí, es verdad, en el Edén yo pensaba! ¿Qué representa para mi sueño esta pureza de las razas antiguas?

Los filósofos: el mundo no tiene edad. La humanidad se desplaza, simplemente. Ustedes están en Occidente, pero con la libertad de vivir en su Oriente, por muy antiguo que lo miren, y de vivir bien. No ser jamás un vencido. Filósofos, ustedes son de su Occidente.

Espíritu mío, cuídate. Nada de medios de salvación demasiado violentos. ¡Ejercítate! ¡Ah, pero la ciencia no va lo suficientemente rápido para nosotros!

—Pero me percató de que mi espíritu duerme.

¡Si estuviera siempre completamente despierto a partir de este instante, llegaríamos pronto a la verdad, que tal vez nos rodea con sus ángeles llorando! . . . ¡Si hubiera estado despierto hasta este momento, yo no habría cedido a los instintos deletéreos, en una época inmemorial! . . . ¡Si hubiera estado siempre despierto, bogaría en la plena sabiduría! . . .

¡Oh, pureza! ¡Oh, pureza!

¡Este minuto de vigilia me ha dado la visión de la pureza!

¡Por el espíritu se va a Dios!

¡Desgarrador infortunio!

EL RELAMPAGO

¡El trabajo humano! Es la explosión que alumbró mi abismo de cuando en cuando.

“Nada es vanidad: ¡A la ciencia, y adelante!” grita el Eclesiastés moderno, es decir, *todo el mundo*. Y, sin embargo, los cadáveres de los malvados y los holgazanes caen en el corazón de los otros. . . ¡Ah, rápido! ¡Un poco más rápido! Allá abajo, más allá de la noche, las recompensas futuras, eternas. . . ¿serán nuestras?

Pero, ¿qué puedo hacer? Conozco el trabajo y la ciencia es demasiado lenta. Que la plegaria galope y la luz gruña. . . lo veo bien. Es muy simple y hace tanto calor; se irá de mí. Conozco mi deber, pero estaría orgulloso a la manera de tantos haciéndolo a un lado.

He malgastado mi vida. ¡Vamos! Finjamos, holguemos. ¡Oh, piedad! Y existiremos divirtiéndonos, soñando amores monstruosos y universos fantás-



B.N. Imprimés.

Cl. B.N.

VERLAINE RIMBAUD LONDRES.

ticos, quejándonos y querellando las apariencias del mundo, saltimbanqui, mendigo, artista, bandido —¡cura! En mi lecho de hospital, el olor del incienso vuelve poderosamente; guardián de los aromas sacros, confesor, mártir. . .

Reconozco en todo esto mi sucia educación de infancia. ¡Y bien, qué! . . . Vivir mis veinte años si los otros viven también según sus veinte años. . .

¡No, no! ¡Ahora me rebelo contra la muerte! El trabajo parece ahora demasiado ligero para mi orgullo: mi traición al mundo será un suplicio demasiado breve. En el último momento atacaré a derecha, a izquierda. . .

Entonces, oh pobre y querida alma, ¡la eternidad no se habrá perdido para nosotros!

MAÑANA

¿No tuve *una vez* una juventud amable, heroica, fabulosa, digna de ser escrita en páginas de oro? ¡Mucha suerte! ¿Por cuál crimen, por cuál error he merecido mi actual debilidad? Ustedes que pretenden que las bestias rompan en sollozos de dolor, que los enfermos desesperen, que los muertos sueñen mal, traten de narrar mi sueño y mi caída. No puedo expresarme mejor que un mendigo con sus continuos *Pater y avemarías*. ¡*Ya no sé hablar!*

Desde el mismo desierto, hacia la misma noche, mis ojos cansados se despiertan siempre con la estrella de plata, siempre, sin que se conmuevan los tres reyes de la vida, los tres magos, el corazón, el alma, el espíritu. ¿Cuándo nos iremos más allá de las playas y los montes, a saludar el nacimiento del nuevo trabajo, la nueva sabiduría, la fuga de los demonios y tiranos, el fin de la superstición? ¡Adorar —¡ los primeros! — la Navidad en la tierra!

¡El canto de los cielos, la marcha de los pueblos! Esclavos, no maldigamos la vida.

ADIOS

¡Llegó el otoño! Pero, por qué lamentar un sol eterno si estamos empeñados en el descubrimiento de la claridad divina lejos de las gentes que mueren en las estaciones.

El otoño. Nuestra barca levantada en las brumas inmóviles se desvía hacia el puerto de la miseria, la ciudad enorme con el cielo manchado de fango y de fuego. ¡Ah, los harapos podridos, el pan empapado de lluvia, la embriaguez, los mil amores que me han crucificado! ¡No terminará, por tanto, esta gula, reina de millones de almas y de cuerpos muertos *y que van a ser juzgados!* Me veo de nuevo la piel roída por el fango y la peste, los cabellos y las axilas atascados de gusanos y aun más gordos gusanos en el corazón, tendido en medio de los desconocidos sin edad, sin sentimiento. . . Habría podido morir. . . ¡La horrible evocación! Execro la miseria.

¡Y temo el invierno porque es la estación del confort!

—A veces miro en el cielo unas playas sin fin cubiertas de blancas naciones alegres. Un gran navío de oro, encima de mí, agita sus pabellones multicolores entre la brisa de la mañana. He creado todas las fiestas, todos los triunfos, todos los dramas. Intenté crear nuevas flores, nuevos astros, nuevas carnes, nuevas lenguas. Creí haber adquirido unos poderes sobrenaturales. ¡Y bien, qué! ¡Debo enterrar mi imaginación y mis recuerdos! Una bella gloria de artista y de narrador esfumada.

¡Yo, yo que me he dicho mago o ángel, dispensado de toda moral, soy devuelto a la tierra con un deber de buscar y con la realidad rugosa para apretarla. ¡Patán!

¿Me engaño? ¿La caridad, para mí, será hermana de la muerte?
En fin, pediré perdón por haberme nutrido de mentira. Adelante. ¡Y no hay ni siquiera una mano amiga! ¿Y dónde pedir socorro?

*

Sí, la nueva hora es al menos, muy severa.

Porque puedo decir que la victoria me pertenece: el rechinar de los dientes, los silbidos de fuego, los suspiros pestilentes, se moderan. Todos los recuerdos inmundos desaparecen. Mis últimos lamentos se difuminan —los celos por los mendigos, los salteadores, los amigos de la muerte, los olvidados de toda suerte—. ¡Condenados, si yo me vengase!

Nada de cánticos: mantener el paso ganado. ¡Qué dura noche! ¡La sangre reseca humea en mi cara y no hay nada detrás de mí, sino este horrible arbolillo! . . . El combate espiritual es tan brutal como la batalla de los hombres; pero la visión de la justicia es un placer reservado a Dios.

Sin embargo, velemos. Recibamos todos los influjos de vigor y de auténtica ternura. Y en la aurora, armados de una ardiente paciencia, entraremos en las espléndidas ciudades.

¡Hablabas yo de mano amiga! Es ya una gran ventaja poder reír de los viejos amores embusteros y llenar de vergüenza a aquellas parejas mentirosas —he visto el infierno de las mujeres allá abajo—, y me estará permitido *poseer la verdad en un alma y un cuerpo*.

Abril-agosto 1873

III

CARTAS

ADVERTENCIA A LAS CARTAS

En esta selección de cartas que he hecho no pretendo ser, en modo alguno, original. Su fin es tomar algunos puntos definitivos de la vida y la poesía de Rimbaud, y eso es todo. Según este criterio, escogí primero, la carta del vidente (1871), en la que expone sus teorías estéticas; después, las tres cartas enviadas desde Londres a Verlaine; y, por último, corrigiendo para una mayor claridad su sintaxis y puntuación, un extracto de una de las cartas fundamentales de su estancia en el Africa, la del negrero. No sé si esta carta, que fue enviada por el ingeniero y comerciante suizo Alfred Ilg al poeta y traficante francés, ha sido publicada en español, pero considero que es de capital importancia por una sola y gran razón: la tenaz malinterpretación de sus biógrafos, aun del más lúcido y objetivo, como lo fue Jean-Marie Carré. Esta carta fue la fuente central de que se valió la señora Enid Starkie para afirmar dolosamente que el autor de Las iluminaciones se dedicaba a la compra y venta de negros. Esta carta abreviada (y que fue reproducida intacta en la página 511 de las Oeuvres Complètes de Rimbaud en la Bibliothèque de la Pléiade) dice: "En cuanto a los esclavos, perdóneme, no puedo ocuparme de esto, nunca he comprado esclavos y no quiero comenzar. Aun para mí, no lo haré nunca."

El lector advertirá que no se trata de un párrafo tan corto sino de una carta; además, y para el colmo del dolo, el párrafo citado por la señora Star-

kie está incompleto. Antes que nada, la señora Starkie no hace notar una petición de Rimbaud a Ilg dirigida el 20 de diciembre de 1889 (mientras el ingeniero suizo se hallaba de viaje), para que le comprara dos jóvenes esclavos y un excelente mulo, seguramente para uso en las caravanas —carta que, por otra parte, puede leerse en su “Correspondencia 1888-1891”. En segundo término, le han sido arrancadas las siguientes palabras de Ilg: “Reconozco absolutamente sus buenas intenciones. . .” Cuando el lector lea el párrafo de que hablo se dará cuenta que esto modifica la intención de la respuesta. En verdad, no me interesa caer en un pietismo o en una admiración sin freno por Rimbaud: sólo me preocupa y me perturba que en la literatura lo que dicte a veces sea la mala fe, la insinceridad o el desenfado.

A Paul Demény

Rue de Bologne
Douai
Charleville, 15 mayo 1871

He resuelto darle una hora de nueva literatura. Comienzo, de inmediato, con un salmo de actualidad:

CHANT DE GUERRE PARISIEN

Ahora, prosa sobre el porvenir de la poesía:

Toda poesía antigua linda con la poesía griega, Vida armoniosa. De Grecia al movimiento romántico (Edad Media) hay letrados, versificadores. De Ennius a Theoroldus, de Theoroldus a Casimir Delavigne, todo es prosa rimada, un juego, apoltronamiento y gloria de innumerables generaciones idiotas: Racine es el puro, el fuerte, el grande. Se hubiera soplado sobre sus rimas, enredado sus hemistiquios, el Divino imbécil sería hoy tan ignorado como el advenedizo autor de *Orígenes*. Después de Racine, el juego enmohece. ¡Ha durado dos mil años!

Ni broma ni paradoja. La razón me inspira más certezas sobre el tema de manera que nunca hubiera sentido cólera ningún joven francés. Por otra parte, libertad a los nuevos para execrar a los antiguos: se está en casa y se tiene tiempo.

No se ha juzgado nunca de un modo correcto el Romanticismo. ¿Quién lo habría juzgado? ¡Los críticos! ¿Los románticos? Que demuestran muy bien que la canción es pocas veces la obra, es decir, el pensamiento cantado y *comprendido* del autor.

Porque *Yo* es otro. Si el cobre se despierta trompeta, no es por su culpa. Me es evidente esto: asisto a la eclosión de mi pensamiento: lo miro, lo escucho: toco el arco del violín: la sinfonía hace su movimiento en las profundidades o llega de un salto a la escena.

¡Si los viejos imbéciles no hubieran encontrado del *Yo* sino la significación falsa, no tendríamos que barrer estos millones de esqueletos que, desde un tiempo infinito, han acumulado los productos de su inteligencia cerrada, proclamándose autores!

En Grecia, dije, versos y liras *ritman la acción*. Después música y rimas son juegos, mero recreo. El estudio de este pasado encanta a los curiosos: muchos se divierten renovando estas antigüedades: son para ellos. La inteligencia universal ha lanzado siempre sus ideas con naturalidad. Los hombres recogen una parte de estos frutos de la mente: se utilizan estos frutos, se escriben unos libros: tal era la marcha, el hombre sin cultivarse, sin despertar

aún, o no aún en la plenitud del gran sueño. Funcionarios, escritores; autor, creador, poeta, ¡este hombre nunca ha existido!

El primer estudio del hombre que quiere ser poeta es su propio conocimiento total; busca su alma, la inspecciona, la toca, la comprende. Desde que él la conoce, debe cultivarla. Esto parece simple: en todo cerebro se cumple un desarrollo natural. ¡Cuántos egoístas se proclaman autores; hay tantos otros que se atribuyen su progreso intelectual! Pero se trata de hacer el alma monstruosa a la manera de los comprachicos. ¡Qué va! Imaginen un hombre plantando y cultivando unas verrugas en el rostro.

Digo que es preciso ser *vidente*, hacerse *vidente*.

El poeta se hace *vidente* por un largo, inmenso y razonado *desarreglo de todos los sentidos*. Todas las formas de amor, de sufrimiento, de locura; él busca por sí mismo, agota en él todos los venenos para conservar sólo las quintaesencias. Inefable tortura en la que hay necesidad de toda la fe, de toda la fuerza sobrehumana, en la que él llega a ser entre todos el gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito —¡y el supremo Sabio! Porque él llega a lo *desconocido*: ¡Puesto que él ha cultivado su alma, ya rica, más que ningún otro! Llega a lo desconocido, y cuando, loco, termina por perder la inteligencia de sus visiones, ¡él las ha visto! ¡Que reviente en su salto por las cosas inauditas e innumbrables: vendrán otros horribles trabajadores: ellos comenzarán por los horizontes en los que el otro se ha desplomado!

—La continuación en seis minutos—

Aquí, intercalo un segundo salmo *fuera del texto*. Por favor, acerque un oído complaciente y todo el mundo estará encantado. Con el arco en la mano, comienzo:

MES PETITES AMOUREUSES

Aquí lo tiene. Y fíjese bien, que si yo no temiera hacerle desembolsar más de 60 céntimos de aduana —¡yo, el pobre azorado, que desde hace siete meses no he tenido un solo céntimo!, ¡yo le daría aun mis *Amantes de París*, 100 hexámetros, y mi *Muerte de París*, 200 hexámetros!

Comienzo otra vez:

Sí, el poeta es realmente un ladrón de fuego.

Está cargado de humanidad, de *animalidad*, inclusive: deberá hacer sentir, palpar, escuchar sus invenciones. Si lo que trae de *allá* tiene forma, él da la forma; si es informe, él da lo informe. Encontrar una lengua. ¡Por lo demás, siendo idea cada palabra, llegará el tiempo de un lenguaje universal! Hay que ser un académico —más muerto que un fósil— para perfeccionar un diccionario, de cualquier idioma que sea. ¡Unos débiles se pondrán a *pensar* en la primera letra del alfabeto, que rápidamente se precipitarán a la locura!

Esta lengua será del alma para el alma, resumiendo todo, perfumes, sonidos, colores, el pensamiento enganchando el pensamiento y jalando. ¡El poeta definirá la cantidad de desconocido despertándose en su tiempo en el alma universal, dará más que la fórmula de su pensamiento, que la anotación de su *marcha al progreso*! ¡Enormidad convirtiéndose en norma, absorbida por todos, él será realmente *un multiplicador del progreso*!

Este porvenir será materialista, usted lo verá. Siempre llenos del *Número* y la *Armonía*, estos poemas estarán hechos para permanecer. En el fondo, será todavía un poco la poesía griega.

El arte eterno tendrá sus funciones, como los poetas son ciudadanos. La poesía no ritmará más la acción: estará *adelante*.

¡Estos poetas serán! Cuando se haya roto la infinita servidumbre de la mujer, cuando vivirá ella por ella y para ella, el hombre —hasta hoy abominable— habiéndola liberado, ¡ella será poeta, ella también! ¡La mujer

encontrará lo desconocido! ¿Su mundo de ideas diferirá de los nuestros? Ella encontrará unas cosas extrañas, insondables, repelentes, deliciosas; nosotros las tomaremos, las comprenderemos.

Esperando esto, solicitaremos a los *poetas lo nuevo*, ideas y formas. Todos los hábiles creerán pronto haber satisfecho esta demanda. ¡No, no se trata de eso!

Los primeros románticos han sido *videntes* sin haberse percatado muy bien de ello: el cultivo de sus almas ha comenzado por los accidentes: locomotoras abandonadas, pero humeantes, que estuvieron algún tiempo en los rieles. Lamartine es a veces vidente, pero estrangulado por la vieja forma. Hugo, *demasiado terco*, ha *visto* bien en los últimos volúmenes: *Los miserables* son un verdadero poema. Tengo *Los castigos* a la mano; *Stella* da aproximadamente la medida de la *visión* de Hugo. Demasiado de Belmontet y de Lamennais, Jehovás y columnas, viejas enormidades reventadas.

¡Musset es catorce veces execrable para nosotros, generaciones dolorosas y presas de visiones, que su pereza de ángel ha insultado! ¡Oh, los cuentos y los proverbios insulsos! ¡Oh, las *Nuits*, oh *Rolla*, oh *Namouna*, oh la *Coupe*! Todo es francés, es decir, odioso en supremo grado; ¡francés, no parisiense! ¡Aún una obra de este odioso genio que inspiró a Rabelais, a Voltaire, a Jean de La Fontaine, comentado por H. Taine! ¡Primaveral, el espíritu de Musset! ¡Encantador es su amor! ¡He aquí, de la pintura al esmalte, poesía sólida! Se saboreará por mucho tiempo la poesía *francesa*, pero en Francia. Cualquier muchacho de una tienda está en condiciones de trazar un apóstrofe Rollaque, todo seminarista guarda sus 500 rimas en el secreto de una libreta. A los 15 años, estos impulsos de pasión ponen en celo a los jóvenes; a los 16, se contentan con recitarlos *de memoria*; a los 18 años, a los 17 inclusive, todo colegial que tiene los medios, ¡hace el Rolla, escribe un Rolla! Algunos mueren tal vez al hacerlo. Musset no ha sabido hacer nada. Tenía visiones detrás de la gasa de las cortinas: ha cerrado los ojos. Francés, fatuo, arrastrado de los cafetines a un pupitre de colegio, el buen muerto está muerto, y, de ahora en adelante, ¡no valdrá la pena ni siquiera despertarlo para nuestras abominaciones!

Los segundos románticos son muy *videntes*: Th. Gautier, Lec. de Lisle, Th. de Banville. Pero inspeccionar lo invisible y escuchar lo no oído es diferente a volver a tomar el espíritu de las cosas muertas. Baudelaire es el primer vidente, rey de los poetas, *un verdadero Dios*. Todavía él ha vivido en un medio demasiado artístico, y la forma tan elogiada por él, es mezquina. Las invenciones de lo desconocido reclaman unas formas nuevas.

Despedazados en las formas viejas: entre los inocentes, A. Renaud, ha hecho su Rolla; L. Grandet, ha hecho su Rolla; los galos y los Musset, G. Lafenestre, Coran, Cl. Popelin, Souly, L. Salles; los escolares, Marc, Aicard, Theuriet; los muertos y los imbéciles, Autran, Barbier, L. Pichat, Lemoyne, los Deschamps, los Desessarts; los periodistas, L. Cladel, Robert Luzarches, X. de Ricard; los fantasiosos, Catulle Mendès; los bohemios; las mujeres; los talentos, Léon Dierx, Sully-Prudhomme, Coppée —la nueva escuela, llamada parnasiana, tiene dos videntes, Albert Méral y Paul Verlaine, un verdadero poeta. Helo allí. Así, yo trabajo para volverme un *vidente*. Y terminemos por un canto piadoso.

ACCROUISSEMENTS

Usted sería execrable si no me respondiese. Pronto, porque en ocho días tal vez esté en París.

Hasta luego.

A Paul Verlaine

Londres, tarde del viernes
(4 julio 1873)

Vuelve, vuelve, querido amigo, único amigo, vuelve. Te juro que seré bueno. Si fui grosero contigo, fue una broma en la cual me encapriché. Estoy más arrepentido de lo que puede decirse con palabras. Vuelve, se olvidará todo. Fue una mala suerte que hayas creído en esta broma. Sí, desde hace dos días no dejo de llorar. Vuelve, querido amigo, sé valiente. Nada se ha perdido. Sólo tienes que hacer de nuevo el viaje, te lo suplico. Por lo demás, es por tu bien. Vuelve, encontrarás todas tus cosas. Espero que sepas, ahora, que no había nada de real en nuestra discusión. ¡Execrable momento! Pero, cuando te hice señas de dejar el barco, ¿por qué no regresaste? ¡Hemos vivido durante dos años juntos para llegar a este momento! ¿Qué vas a hacer? Si no quieres regresar aquí, ¿quieres que te vaya a alcanzar donde tú estés?

Sí, fui yo el que se equivocó. Oh, di ¿no me olvidarás? No, no puedes olvidarme. Yo, yo te llevo siempre en mí. Di, responde a tu amigo, ¿ya no podemos vivir juntos? Sé valiente, contéstame rápido. No puedo permanecer en este lugar mucho tiempo. Escucha sólo a tu buen corazón. Rápido, dime si puedo alcanzarte.

Tuyo, toda la vida.

RIMBAUD

Rápido, contesta: no puedo quedarme aquí después del lunes en la noche. No tengo un *penny*; ni siquiera para llevar esto al correo. He confiado a Vermersh tus libros y manuscritos. Si no debo verte más, me enrolaré en la marina o en el ejército. Oh, vuelve, que a todas horas lloro y vuelvo a llorar por ti. Dime que puedo alcanzarte. Iré. Dímelo, telegráfame. Debo partir el lunes en la noche. ¿Dónde vas? ¿Qué quieres hacer?

A Paul Verlaine

Londres 5 julio 1873

Tengo tu carta fechada "En el mar". Tú tienes la culpa esta vez, tú tienes la culpa. Por principio, no hay nada positivo en tu carta. Tu mujer no vendrá o vendrá en tres meses, tres años, ¿qué sé yo? En cuanto al castañeteo, ¡te conozco! Te vas, pues, esperando tu mujer y tu muerte, a agitarte, a errar, y a aburrirte entre las gentes. ¿Cómo? ¡Tú aún no has reconocido que las cóleras eran tan falsas de un lado como del otro! Pero eres tú quien tuvo las últimas culpas, puesto que, aún después que te he vuelto a llamar, has persistido en tus falsos sentimientos. ¿Piensas que tu vida será más agradable con otros que conmigo? ¡*Reflexiona en esto!* —Ah, ciertamente no.

Sólo conmigo puedes ser libre, y, puesto que te juro ser bueno en el futuro, que deploro toda mi parte de culpa, que, en fin, tengo el espíritu limpio y

te amo mucho, si no quieres volver o que yo te alcance, cometes un crimen, y *te arrepentirás de esto por MUCHOS AÑOS con la pérdida de toda libertad y con los hastíos más atroces* aún de los que hasta ahora has probado. ¡ Después de esto, piensa otra vez en lo que eras antes de conocerme!

Respecto a mí, no vuelvo a la casa de mi madre. Voy a París. Trataré de partir el lunes en la noche. Me habrás obligado a vender toda tu ropa; no puedo hacer otra cosa. No la he vendido aún; hasta el lunes en la mañana vendrán por ella. Si quieres enviarme cartas a París, mándalas a L. Forain 289, Rue Saint-Jacques (para Arthur Rimbaud). El sabrá mi dirección.

Cierto, si tu mujer vuelve, no te comprometeré escribiéndote. No te escribiré jamás.

La única palabra verdadera es: vuelve. Quiero estar contigo, te amo. Si escuchas esto, demostrarás valor y un espíritu sincero.

De otro modo, lo lamento.

Pero te amo, te abrazo y volveremos a vernos.

8 Great Colle, etcétera. . . hasta el lunes en la noche —o martes al mediodía si me llamas.

3

A Paul Verlaine

Lunes al mediodía (Londres,
7 julio 1873)

Mi querido amigo:

Vi la carta que le mandaste a Mme. Smith. ¡ Quieres volver a Londres! ¡ No tienes idea cómo te recibirá todo el mundo! ¡ Y la cara que me harán Andrieu y otros, si me vuelven a ver contigo! No obstante, seré muy valiente. Sinceramente, dime lo que piensas. ¿Quieres volver a Londres por mí? ¿Y qué día? ¿Mi carta es la que te persuade? Mira, ya no hay nada en tu cuarto. Todo lo vendí, menos un gabán. Me dieron dos libras diez. Pero la ropa interior está aún en la lavandería, y he conservado un montón de cosas para mí: cinco chalecos, todas las camisas, calzones, cuellos, guantes y todos los zapatos. Todos tus libros y manuscritos están seguros. En suma, no vendí sino tus pantalones, el negro y el gris, un gabán y un chaleco, el saco y la sombrerera.

Pero, ¿por qué no me escribes?

Sí, mi pequeño, voy a quedarme una semana más. Y vendrás, ¿no es cierto? Dime la verdad. Habrás dado una prueba de valor. Espero que sea verdad. Ten seguridad en mí. Tendré muy buen carácter.

Tuyo. Te espero.

RIMB.

Hg a Rimbaud

Antotto, 23 de agosto de 1890
(extracto)

Mi querido señor Rimbaud:

Con gusto le acuso recepción de su amigable carta del 6 de junio, la que

me fue remitida por Etoum, hace cuatro días, ya que se le había olvidado entregármela.

Espero que el señor Zimmermann haya llegado bien a su casa y le haya entregado el oro que le habíamos comprado del producto de sus mercancías. Desde la partida del señor Zimmermann, no he tenido una sola noticia de él ni de Harrar. Igualmente me asombro de que el correo tarde tanto. Aquí los negocios marchan muy mal. No he podido comprarle hasta este momento sino como 150 táleros,¹ y eso, pieza por pieza. Los djanos² se venden siquiera a tres táleros, y yo ya no sé qué hacer. Si el mes próximo esto no marcha mejor, me desesperaré. En cuanto al marfil y al oro, no se encuentra nada. Todo se va para Harrar. Nadie puede vender nada aquí. Desde hace tres meses sólo he comprado el equivalente de 100 táleros. Una vez más enviaré a Lecca, a pesar del mal golpe que me dieron. Había enviado en el mes de noviembre 1 500 táleros y hasta hoy no es hora aún de que pueda ver mi dinero. Me quedan aún 225 táleros para gastarlos, a pesar de que he vuelto a tomar aproximadamente 600 táleros en especie, después de ocho meses de espera. He tenido el placer de alimentar uno de esos sujetos en mi casa durante un mes, y hoy me vi obligado a ponerlo en libertad. El emperador hace recoger el oro y el marfil por donde quiera y, después de las lluvias, una importante caravana para él irá hacia la costa.

(...)

Le he buscado un buen mulo, pero hasta hoy, inútilmente. Unos medios como estos se encuentran, pero muy buenos, como usted los quiere, nada en absoluto. En cuanto a los esclavos, perdóneme, no puedo ocuparme de esto, nunca he comprado esclavos y no quiero comenzar. Reconozco absolutamente sus buenas intenciones, pero aun para mí, no lo haré nunca.

Adiós mi estimado señor Rimbaud, deme pronto noticias de usted y créame

Su afectísimo

Alfred Ilg

¹ Táleros: monedas con la efigie de la emperatriz María Teresa de Austria; era la moneda más propagada en Abisinia.

² Djano: es una toga de hombre. En este caso, se nombra el hilo que sirve para tejer esta vestimenta.